

LA MUSA SECRETA

Pablo Sol Mora

Ambientada a finales del siglo XIX en alguna antigua y venerable ciudad italiana – Roma o Venecia –, esta podría ser una de esas historias de escritores de Henry James. Hay un joven ingenuo en pos de un descubrimiento literario, unas mujeres mayores que ocultan algo, una casa ruinosa y enmohecida y, por supuesto, la sombra omnipresente del poeta muerto. Sin embargo, tuvo lugar en Veracruz, en pleno siglo XX y, lo más importante, no se trata de un relato ficticio.

En aquel entonces, yo –el joven ingenuo, claro– vivía en Xalapa y después de meses de indecisión y vacilaciones preparaba mi tesis de Letras sobre la obra del insigne poeta del Puerto. Para nadie familiarizado con nuestra literatura es un secreto que, a pesar de la fama de su autor, esta se encontraba un tanto descuidada por la crítica. Había zonas que permanecían en la oscuridad, sobre todo al principio y al final de su carrera. A diferencia de los libros que pertenecían a la etapa de madurez, los primeros y los últimos habían recibido escasa atención. Quizá el último, aparecido de manera póstuma, fuera el mejor ejemplo de esta negligente omisión. Se trataba de una obra envuelta en el misterio en varios sentidos. Constaba de una serie de poemas eróticos dedicados a una muchacha, casi una adolescente por lo que se deduce de las descripciones, cuya identi-

Llegué un mediodía de calor húmedo, pegajoso, típico del Puerto y, una vez instalado en mi habitación en un hotel del centro, telefoneé a casa de la señora Inés para confirmar mi visita en la tarde. Me contestó una sirvienta y me informó que su patrona me esperaba a las cinco.

dad se ignoraba. ¿Se trataría, quizá, de un amor de juventud que el poeta recordaba al final de su vida o, hipótesis más sugestiva, de una pasión postrera, como la Ulrica de Goethe, que hubiera venido a inflamar sus últimos días? En cualquier caso, lo que estaba fuera de duda era la extraordinaria calidad del libro, que resaltaba luego de algunas obras ciertamente menores y constituía el canto del cisne.

Gracias a una amiga de mi abuela cuya familia era originaria de Veracruz, logré ponerme en contacto con la hija única del escritor. Su nombre era Inés y tenía más de ochenta años, lo que no me sorprendió considerando la longevidad de su padre. Le escribí una carta bastante ceremoniosa en donde le explicaba que estaba llevando a cabo un estudio sobre él y le expresaba mis deseos de poder entrevistarme con ella. Transcurrieron varias semanas sin recibir respuesta y ya había perdido las esperanzas cuando un buen día apareció un sobre bajo mi puerta. Estaría en-

cantada –decía en la hoja que contenía– de recibirme el próximo fin de semana. La invitación me venía muy bien porque en esos momentos me encontraba en uno de esos baches tan comunes en la elaboración de una tesis. Un par de días en el Puerto me ayudaría a despejarme, además de que en rigor no dejaría de trabajar pues se trataba de parte de mi investigación. Así, el sábado siguiente partí a Veracruz.

Llegué un mediodía de calor húmedo, pegajoso, típico del Puerto y, una vez instalado en mi habitación en un hotel del centro, telefoneé a casa de la señora Inés para confirmar mi visita en la tarde. Me contestó una sirvienta y me informó que su patrona me esperaba a las cinco. Mientras daba la hora salí a comer algo y luego sin querer llegué caminando hasta el parque en donde se levanta la estatua del poeta. El escultor no había sido muy afortunado, pero aun así había logrado captar algo de la energía y la áspera belleza que reflejan los escasos retratos del ar-

tista y que conservó hasta sus últimos días. En su caso, como en el de otros grandes poetas, la vejez no había sido menos intensa que la juventud. Al pie del monumento estaba inscrito uno de sus poemas más famosos, que yo recité fervorosamente para mis adentros sin necesidad de leerlo. No sé cuánto tiempo me habré quedado ahí, pero cuando pasó esta emoción me di cuenta que apenas tenía el necesario para ir al hotel, cambiarme de ropa y llegar a la cita.

La casa, que no se encontraba lejos del lugar donde me hospedaba, era una de esas viejas construcciones que todavía hoy pueden verse en el centro de Ve-

forma de mano que ya no se usan y aguardé. Segundos después escuché unos pasos en dirección a la puerta y cuando esta se abrió vi aparecer una robusta mulata de edad indefinida, que supuse era la criada con la que había hablado por teléfono y que me hizo pasar a una sala sumida en la penumbra. Allí, sentada en una mecedora junto a una ventana con las cortinas cerradas, me esperaba la hija del poeta.

—Buenas tardes —me dijo, con una voz menos débil de lo que hacía suponer la fragilidad de su aspecto—. Siéntese, por favor, lo estaba esperando.

Antes de ocupar el sillón que estaba frente a ella y que pare-

na del recuerdo de su padre. Esto pareció agradarle y me contestó que me ayudaría en lo que pudiera, pero que no esperara gran cosa de ella, pues sabía menos de lo que yo creía y además su memoria le fallaba mucho últimamente.

La conversación trató sobre todo acerca de los primeros recuerdos que conservaba de su padre. Su infancia había girado en torno a él, pues su madre había muerto al darla a luz y se había criado exclusivamente a su lado con la ayuda de una nana. Aunque me sentía ansioso de hacerle algunas preguntas respecto a los poemas, juzgué que era mejor no apresurarla y dejar que se extendiera sobre lo que ella quisiera. Gradualmente, sin embargo, fui desviando la plática hacia la obra y así llegamos a los últimos libros. En aquel momento creí advertir un cambio en su actitud, que hasta entonces había sido muy atenta. Parecía renuente a seguir hablando, sus respuestas se hicieron más cortas e incluso dio muestras de distracción y cansancio, no me atrevería a decir que fingidas, si lo bastante claras como para no darme por enterado.

Ya me había levantado de mi asiento y me disponía a retirarme cuando de pronto escuché unos gritos provenientes del fondo de la casa que llamaban a la sirvienta, Rosa, cuyo nombre supe entonces. Mi anfitriona notó mi asombro y aunque primero pareció desentenderse, luego, al momento de despedirnos, dijo: “Mi hija está enferma y necesita muchos cuidados. Le ruego que nos disculpe”. Murmuré algo acerca de que no tenía por qué disculparse y salí a la calle en estado de total confusión.

Camino al hotel, mientras se extinguían las últimas luces del día y se encendían los primeros faroles, no pensé en otra cosa más que en esta inesperada revelación. Era bien sabido, o al menos eso creía,

Gradualmente, sin embargo, fui desviando la plática hacia la obra y así llegamos a los últimos libros. En aquel momento creí advertir un cambio en su actitud, que hasta entonces había sido muy atenta. Parecía renuente a seguir hablando, sus respuestas se hicieron más cortas e incluso dio muestras de distracción.

racruz. Estas casonas, que alguna vez fueron las más distinguidas del Puerto, desde hace tiempo se encuentran en ruinas, deshabitadas u ocupadas por numerosas familias pobres que han hecho de ellas un hogar común. La que me interesaba era ya entonces una de las pocas en que aún vivían los propietarios originales o, en cualquier caso, sus descendientes. El aspecto exterior no era muy diferente al de las otras y de no haber sido por unas débiles señales de vida podía haberse creído abandonada. Estaba flanqueada por dos casas en completo estado de ruina que representaban una escalofriante imagen del futuro que le esperaba.

Llamé a la antigua puerta de madera con una de esas aldabas en

cía especialmente dispuesto para aquella ocasión, observé que tenía un rosario entre las manos y pensé que hasta hace poco habría estado rezando. Eché un vistazo al resto de la habitación y me sorprendió la cantidad de muebles y adornos que había por todas partes: lámparas, taburetes, baúles, mesitas, cuadros, jarrones, tapetes y figuras de porcelana no dejaban ningún espacio libre.

Titubeante al principio, pero más seguro conforme hablaba, le expliqué resumidamente en qué consistía mi trabajo y el interés que tenía en conversar con ella. Le agradecí, desde luego, la gentileza que había tenido en recibirme y le aseguré que hacía todo lo posible por realizar una labor dig-

que no quedaban más descendientes del poeta que su hija, que hasta donde me fue posible averiguar nunca se había casado. Se comprenderá entonces mi desconcierto al enterarme de la existencia de otro. ¿Cómo no lo había sabido antes? Por la forma en que lo había dicho la anciana, era evidente que no le gustaba hablar mucho sobre el tema. ¿Se debía, quizá, a la enfermedad a la que había aludido? Supuse que en su momento el nacimiento de esa hija habría causado cierto escándalo, pero de aquello tenían que haber pasado muchos años; para esas alturas, tomando en cuenta la avanzada edad de la madre, hacía tiempo que debía haber dejado de ser joven. Yo esperaba despejar algunas de estas dudas al día siguiente, cuando me entrevistara de nuevo con doña Inés, que antes de despedirme me ofreció la oportunidad de volver a verla a la misma hora.

Aquella noche en el hotel no podía conciliar el sueño y me entretuve hojeando hasta tarde algunos de los libros del poeta que había llevado conmigo. Entre ellos estaba la polémica obra póstuma de la que hablé al comienzo y sobre la cual hasta ese momento no había podido averiguar nada. La conocía casi de memoria y aquella relectura desordenada no hizo sino reafirmar mi convicción de que se trataba de una obra excepcional; quizá, en un balance final, la mejor del poeta, pues unía a la maestría formal de sus últimos años el ardor juvenil de sus primeros poemas. Sin embargo, era claro que su autor era un hombre de edad avanzada. Había en los versos, aparte de la fascinación frente a la belleza adolescente, un cierto desaliento nacido del contraste entre la juventud y la vejez, una especie de voluptuosidad desesperada, consciente de los obstáculos que la edad opone al deseo. Antes de dormirme, me propuse que al



XVIII. De la serie *Unus Mundus*.

día siguiente haría todo lo posible por esclarecer este asunto.

A la hora convenida, me presenté en casa de doña Inés. Toqué nuevamente la puerta y Rosa no tardó en abrirme. Sin decir palabra me condujo a la sala y me indicó el sillón en donde había estado sentado la víspera. A diferencia del día anterior, la anciana no estaba esperándome y la sala se encontraba vacía. Cuando la sirvienta se retiró, no resistí la tentación de curiosear un poco entre los objetos que llenaban la pieza. En una mesita descubrí varios retratos que llamaron mi atención; había algunos del poeta que reconocí inmediatamente, de Inés joven y otros más que no pude identificar. En eso estaba cuando en la puerta de una habitación que se encontraba al fondo de la sala vi aparecer la figura de una mujer de unos cuarenta años, ataviada inusualmente para su edad y para la época con un vestido lleno de moños y cintas y unas largas trenzas que le caían hasta media espalda. Al principio, fuera de su atuendo, no advertí otra cosa extraña en ella, pero luego noté algo raro en la expresión de su rostro y su mirada que, aunque permanecía fija en mí, parecía perdida. A pesar de ya no ser joven, su rostro conservaba cierta belleza que permitía adivinar la que con toda certeza había poseído en otro tiempo. Sus ojos eran azules, casi transparentes de tan claros.

Nos quedamos inmóviles y sin decir nada durante unos momentos que me parecieron interminables y, cuando finalmente atiné a decir algo, apareció doña Inés por la puerta principal. Antes siquiera de saludarme se dirigió a ella en un tono inesperadamente imperioso:

—¿Qué haces aquí? ¿No te dije que te quedaras en tu cuarto? ¡Regresa inmediatamente!

Ella pareció asustarse al escuchar estas palabras y volteó a verme como esperando alguna especie de ayuda de mi parte. Quise decir algo, pero antes de que pudiera hacerlo corrió al ver a Rosa que avanzando enérgicamente parecía acudir en auxilio de su ama.

Toda esta escena me dejó bastante perturbado. Al quedarnos solos, viendo mi confusión,

Dijo estas palabras en un tono muy tranquilo, sin el menor dejo de ambigüedad. En un primer momento me parecieron tan simples que no se me ocurrió darles otro sentido, pero unos segundos después la verdad se me reveló totalmente. Creo que nunca me he sentido tan perturbado.

doña Inés intentó tranquilizarme diciéndome:

—Usted nos disculpará, pero como le dije ayer mi hija está enferma y es mejor para su salud que permanezca en su cuarto. Gracias a Dios contamos con Rosa; no sabríamos qué hacer sin ella.

La confirmación de que se trataba de su hija no dejó de impresionarme. Me invitó a tomar asiento y cuando me repuse me atreví a preguntarle si nunca había recibido alguna clase de ayuda médica.

—No —me contestó—. Mi padre se opuso desde que nació. Usted

sabe lo que opinaba de los médicos. Él la adoraba, ¿sabe? Ella sufrió mucho su pérdida. Desde entonces, hace ya tantos años, padece ataques nerviosos.

Dijo estas palabras en un tono muy tranquilo, sin el menor dejo de ambigüedad. En un primer momento me parecieron tan simples que no se me ocurrió darles otro sentido, pero unos segundos después la verdad se me reveló totalmente. Creo que nunca me he sentido tan perturbado.

No recuerdo muy bien lo que sucedió después. Yo deseaba salir de inmediato de ahí para tratar de asimilar mi descubrimiento, pero no me podía ir así nada más y todavía me quedé un rato durante el cual hablamos muy poco. Ella debió notar mi trastorno, pero no creo que adivinara la causa. Finalmente me despedí, no sin antes haberle prometido, a petición suya, enviarle una copia de mi trabajo cuando estuviera listo.

El resto es historia: meses después terminé la tesis, que fue aprobada por unanimidad y recomendada para su publicación. Cuando apareció en forma de libro, la crítica enterada la recibió como una aportación definitiva al estudio del poeta. Allí, entre otras cosas, demostraba de manera fehaciente cómo su última obra estaba dedicada a un viejo amor de juventud, disolviendo cualquier misterio al respecto. Apenas salieron los primeros ejemplares, me apresuré a enviarle uno a doña Inés. Me temo, sin embargo, que ni siquiera haya podido hojearlo, pues pocos días después recibí la noticia de su muerte. **LPyH**

Pablo Sol Mora (Xalapa, 1976) es autor de *Miseria y dignidad del hombre en los Siglos de Oro* (FCE, 2017), director de la revista *Criticismo* (www.criticismo.com) y colaborador de *Letras Libres*.